

preguntaba á un hombre de Estado americano ó á cualquier ciudadano, cual de todos los países de Europa era el menos expuesto á que se enfriasen sus relaciones de amistad con los Estados-Unidos, contestaban inmediatamente: Francia. La amistad con Francia ha sido considerada siempre muy importante, y particularmente grata al pueblo americano. Todo ciudadano americano la considera tan apetecible en el porvenir como en el pasado. El presidente estimará tener noticia de la acogida que haga el Emperador á estas sugerencias.

Concluía pues el año de 1865 presentando el horizonte mas negro para México, que en su capital tenia el trono del segundo Imperio, y en él se cometian los desaciertos mas grandes, hasta poderse decir con toda verdad, que no habia gobierno, sino la mas completa anarquía; y en el otro extremo del país se hallaba D. Benito Juárez, titulándose presidente de la República, en lo cual no estaban conformes, ni imperialistas ni republicanos, y mucho menos lo estaban los hombres patriotas cualquiera que fuera su color político, porque en aquel supuesto presidente no veian sino la representacion de la anarquía constitucional como en efecto así lo demostraron luego los hechos, y un instrumento del gobierno de Washington, que ponía en peligro la independencía del país y que desde luego menoscababa su dignidad á costa de un auxilio tan contrario al honor nacional. En el exterior, ya hemos visto como nada habia que alhagara al porvenir de México; y en el interior, sobre la apatía y desaciertos del gobierno imperial y del ejército francés, se multiplicaban las partidas armadas de republicanos. Todo esto era el triste presagio de la tempestad que se preparaba y que se debia desencadenar el año siguiente.

Este tuvo como funesta inauguración, el asalto y saqueo de la plaza de Bagdad en la frontera del Norte, por una partida de negros con el uniforme del ejército federal de los Estados-Unidos. Muerta una parte de la guarnición mexicana y hecha prisionera la otra, los invasores se entregaron al mas desenfrenado pillage en que se cometieron toda clase de excesos: algunos vecinos pudieron salvar solo sus personas, pasando el rio y dando parte al comandante militar de Clarksville, quien mandó una fuerza, la cual no solo no reprimió el desorden de la plaza invadida, sino que consumió el saqueo, siendo trasladado á Bronsville y demas lugares de la frontera americana, cuanto era movible en la desgraciada Bagdad. Por este acto tan marcado de hostilidad, el gobierno de Washington no dió satisfacción alguna; y sin embargo de él, D. Benito Juárez siguió recibiendo los auxilios que le prestaba un gabinete, que de esa manera ultrajaba á su país.

El gobierno de Francia, sin valor para salir honrosamente de la situación en que lo colocaba su intervención en México, no halló otro medio, que manifestarse dócil á las amenazas de los Estados-Unidos, creyendo que con eso simpatizaba con aquel gobierno y conjuraba la tormenta que le levantaba en el interior la oposición: así es que al inaugurarse las sesiones de los cuerpos legislativos franceses en Enero de 1866 les anunció Napoleon, que iba á retirar su ejército de México; y con tan desacerutada resolución, no consiguió cosa alguna con la oposición de su gobierno: manifestó de una manera bochornosa su debilidad ante los Estados-Unidos; y acabó de manchar su honra en la conducta observada en México. El desgraciado Francisco I despues de la batalla de San Quintín, siquiera halló un consuelo á sus amarguras en exclamar «Todo se ha perdido, menos el honor.» A Na-

poleon ni siquiera este atrincheramiento le quedó; pues ni esta joya tan preciosa pudo salvar en aquel horroroso cataclismo.

Después de manifestar Napoleón su voluntad á los cuerpos legislativos, dispuso que saliera para México el Barón Saillard, siendo portador de una carta para Maximiliano en que le manifestaba serle imposible prolongar la permanencia del ejército francés en México; y al mismo tiempo llevaba instrucciones para el mariscal Bazaine y el Plenipotenciario francés en México; para que arreglaran la salida del ejército y procuraran tener de México la seguridad del pago de la deuda francesa, para lo cual pretendía se entregaran á empleados franceses las aduanas marítimas de Veracruz y Tampico.

Estas noticias causaron profunda sensacion en México y no poca irritacion en el ánimo de Maximiliano, que hasta se negó á recibir inmediatamente al Barón de Saillard; y es inconcebible, como apesar de esto, aun se comisionó en esos días al Sr. Hidalgo que había llegado á México, para que en union del Sr. D. Teodosio Lares hicieran con el ministro de Francia, un tratado de navegacion y comercio, teniendo en consideracion las buenas relaciones que unian á los dos países, cuyo encargo rehusaron admitir las dos personas nombradas, conociendo la inutilidad de la mision que se les confiaba. Y es mucho mas sorprendente, como supuesta la conducta del gobierno francés, aun se prestaba el Emperador á conceder al general Bazaine una influencia tan grande en los negocios del Imperio, hasta el grado de quitar por insinuacion suya á los ministros Ramirez, Esteva, Peza y Robles Pézuela, sustituyéndolos con D. Martin del Castillo, D. José Salazar Ilarregui, el general García y D. Francisco Somera. Al quitar á sus antiguos ministros, dejaba predominar en su gobierno al influjo francés, y al po-

ner á los nuevamente nombrados, hacia predominar el elemento liberal moderado, que una experiencia bien triste le había demostrado ser una de las causas principales del ridículo y de la anarquía en que se hallaba el Imperio.

A mediados de Abril se despachó á Paris al general Almonte á desempeñar la legacion que antes le fué confiada al Sr. Hidalgo, y como un encargo especial, llevaba el de celebrar con el gobierno francés un tratado que sustituyera al de Miramar. Las principales bases de él, eran: que el ejército francés permaneciera aun tres años en México, al fin de los cuales había de dejar todo su material de guerra que previamente se había de justipreciar: que el tesoro mexicano pagaria veinticinco millones anuales por el gasto de las tropas francesas, aunque no se determinaban los términos de esta obligacion: que al ejército mexicano solo se le comunicarian órdenes de Maximiliano: que se permitiera á los oficiales franceses servir en el ejército mexicano con dos grados mas; y que Francia procurara con todos sus esfuerzos, que el Imperio fuera reconocido por los Estados-Unidos.

La situacion del Imperio mexicano, la actitud hostil que tomaron los Estados-Unidos y aun la misma posicion del Emperador Napoleón en Francia por la oposicion que se hacia á su gobierno, principalmente por la expedicion de México; eran motivos suficientes para no esperar que en aquellas circunstancias hubiera prestado mas auxilios á México; pero á lo menos debía esperarse que se cumpliera exactamente con los compromisos contraidos en Miramar. No fué así sin embargo, pues con fecha 31 de Mayo dirigió el ministerio de negocios extranjeros de Francia á su representante en México Mr. Dano, un despacho en que se le avisaba al gobierno mexicano, desecharse absolutamente el proyecto presentado

por el general Almonte, y repitiendo el propósito del Emperador de retirar todo su ejército, en los términos que se le había dicho en Enero á las cámaras francesas y como estaba convenido con los Estados-Unidos, conteniendo el despacho este párrafo que llenó de indignación á toda la corte de México. «Si S. M. el emperador Maximiliano aprueba las combinaciones que le serán presentadas, (estas eran las pretensiones que ya conocemos, ó de asegurar la deuda con el territorio de Sonora ó de entregar las aduanas marítimas á empleados franceses) se mantendrán los términos fijados para el reembarco sucesivo de las tropas francesas, y el mariscal Bazaine adoptará de acuerdo con S. M., las medidas necesarias para que la evacuación del territorio mexicano se efectúe en las condiciones mas favorables para el sostenimiento del orden y la consolidación del poder imperial. Si por el contrario, nuestras proposiciones fueren desechadas, no debemos disimular que, considerándonos en adelante libres de todo compromiso, y firmemente resueltos á no prolongar la ocupación de México, ordenaríamos al mariscal Bazaine que procediera con toda la actividad posible al reembarco del ejército, no teniendo en cuenta sino la comodidad militar y las consideraciones técnicas que solo él puede apreciar.»

La sensación que este despacho causó en México fué tanto mas profunda cuanto que se recibió en los momentos de saberse tambien la noticia que las fuerzas del general Mejía sufrían un descalabro en Matamoros. Su situación hacia tiempo que se venía haciendo difícil, así por la hostilidad que el ejército mexicano sufrió siempre de Bazaine, como por el abandono en que estuvieron las tropas de México por los desaciertos del gobierno imperial. Y como en proporción que á él se le aumentaban las dificultades, crecían los elementos para las fuerzas

republicanas que en la frontera mandaba el general Escobedo, en el mes de Mayo ya no conservaban las fuerzas imperialistas sino el recinto de las plazas fortificadas. Para que saliera una conducta de caudales de Monterey á Matamoros, y de este punto un convoy al interior, se combinó una marcha de dos columnas que custodiaran uno y otro saliendo la de Monterey á las órdenes del jefe francés Janingros y la de Matamoros mandada por el general Olvera: ambas debían auxiliarse en el camino, y en el punto donde se encontraran, debían cambiarse los objetos que custodiaban y volver al lugar de donde habían salido.

Como el convoy salido de Matamoros pertenecía á comerciantes de distintas plazas de la frontera, ellos para procurar la seguridad de sus efectos, buscaron con el general Escobedo la garantía de que sus mercancías no se perdieran en caso de ser derrotadas las fuerzas que las custodiaban; y al hacer esta operación; se impuso el jefe republicano de las medidas tomadas por el general Mejía: de manera que cuando las tropas republicanas proyectaban una expedición sobre Matehuala, la suspendieron y ocupando el camino entre Monterey y Matamoros, esperaron la salida de la conducta y el convoy.

Lo que mas podia alhagar á los republicanos era la ocupación de los caudales de la conducta, recordando lo que les valió la ocupación de la de Laguna Seca el año de 1860, y desde luego su punto objetivo fué el ataque de la columna francesa; pero esta se vió obligada á fortificarse en la plaza de Cerralvo y allí pudo escapar del golpe que se le preparaba. Y como Escobedo sabia la combinación hecha entre los dos jefes imperialistas, dejó sobre Cerralvo al coronel Ruperto Martínez para que con un falso ataque detuviera allí á las fuerzas de Janingros, y él con el resto de su fuerza marchó violentamente al en-

cuentro de Olvera á quien logró sorprender y derrotar en las lomas de Sta. Gertrudis, tomándole su artillería y municiones, mas de mil prisioneros y todo el convoy, que aunque de efectos de particulares, no por eso corrió mejor suerte, pues unos efectos pagaron dobles derechos y una gran parte fué adjudicada al ejército como botin de guerra. Personas hubo que sufrieron entónces una pérdida tan considerable, que de allí data para ellas una época de desgracias mercantiles hasta consumir su ruina: de este número son los honrados y laboriosos hermanos Martinez Cárdenas de Monterey.

Con la pérdida completa de la fuerza del general Olvera y los grandes elementos del convoy, el general Escobedo podia aumentar considerablemente sus tropas, á la vez que el general Mejía quedaba tan débil, que no podia sostenerse en Matamoros, y tuvo que ajustar una capitulacion con el general Carbajal y otros gefes republicanos que se hallaban en Brounswille, en agencia de elementos para las fuerzas republicanas.

A consecuencia de estos acontecimientos y en virtud de las órdenes que el mariscal Bazaine tenia de su gobierno, salió luego para S. Luis Potosí; pero no para organizar mejor la campaña, sino para reconcentrar sus fuerzas, con cuyo objeto dió desde el Cedral las órdenes necesarias para que se replegaran á S. Luis las de la frontera, dejando abandonadas en poder de los republicanos las plazas de los Estados de Nuevo Leon, Coahuila y Tamaulipas, con lo cual queria reducir á Maximiliano á la impotencia de sostenerse, y congraciarse con D. Benito Juarez para obtener de su gobierno el reconocimiento y pago de la deuda francesa. ¡Conducta impolítica y torpe, que ocasionó graves males á México y completó la deshonra del gobierno francés!

Quando el Emperador Maximiliano vió el despacho del

gobierno de Napoleón, de que ya hicimos mencion, manifestó su profunda indignacion con estas palabras dichas en presencia de varias personas. «Napoleon se burla de mí: existe una convencion formal entre él y yo, sin la cual jamás habria aceptado el trono, que me garantizaba absolutamente el auxilio de las tropas francesas hasta el fin de 1868.» Pero por cierto que fuera esto, como en efecto lo era, segun lo hemos visto ya en el tratado de Miramar, el hecho era que Napoleon obraba en contra de aquellos compromisos, y que no era posible cambiar en aquellos momentos el curso de los acontecimientos: así es, que la primera idea del angustiado Príncipe, fué abdicar la corona y volver á Europa; pero la Emperatriz Carlota, dotada de una voluntad mas enérgica y previendo todo el ridículo que secaia sobre ellos con aquel paso, se decidió á ir violentamente á Europa para exigir de Napoleon el cumplimiento del tratado de Miramar, y procurar en Roma el arreglo de las cuestiones religiosas. El Emperador accedió á esta resolucion de su esposa, quien salió de México el dia 8 de Julio, embarcándose en Veracruz el dia 13 en el Vapor *Emperatriz Eugenia* acompañada del general Uruga, del conde de Alcaraz D. Felipe Neri del Barrio y de D. Martin del Castillo y Cos, Ministro de negocios extranjeros.

A pesar de los amargos desengaños que cada dia recibia Maximiliano del gobierno francés, el dia 26 de Julio modificó su ministerio, suprimiendo la cartera de fomento y nombrando ministros de guerra y hacienda en lugar de los que habia: al general M. d' Osmont y al intendente del ejército francés Mr. Triant; y á la vez nombró gefe de su gabinete al P. D. Agustin Fischer, alemán protestante convertido al catolicismo en México y hecho sacerdote católico en el Obispado de Durango.

Estos nombramientos fueron muy mal recibidos de la

sociedad mexicana; y los Estados-Unidos que no perdian ocasion de hostilizar al Imperio Mexicano y abatir el nombre francés, luego hicieron reclamaciones por ellos, pasando por el ministerio de relaciones una nota el 16 de Agosto, al Marqués de Montholon, en que le manifestaba el desagrado con que veía el gobierno de Washington aquellos nombramientos y el peligro que habia de que á causa de ellos se alteraran las buenas relaciones que existian con Francia.

La Emperatriz Carlota llegó á Paris la tarde del 9 de Agosto, y el 11 se presentó en Saint Clond, donde fué recibida con la pompa y solemnidad que correspondia á su dignidad de Emperatriz de México. S. A. el Príncipe Imperial le dió la mano al bajar del carruage y la acompañó hasta donde la esperaba la Emperatriz Eugenia: el Emperador Napoleon, que no conocia su conciencia bien tranquila en el desgraciado negocio de la expedicion á México, y sabiendo cual era la energía y dignidad de la Emperatriz Carlota, temió como el reo que se presenta á su juez, ó como el verdugo se espanta con la aterradora presencia de su víctima; habia pretestado enfermedad para no recibir á aquella desventurada Princesa; pero ella insistió en verlo, y le presentó la memoria siguiente.

«El Sr. Ministro de Francia en México ha puesto en manos del Emperador Maximiliano la carta de S. M. el Emperador Napoleon y la memoria á ella adjunta. La atenta lectura de tal memoria no ha podido menos de sorprender valerosamente al Emperador, no por su conclusion, sino por la naturaleza de los motivos que ha creído deber alegar para justificarla.

«Leese en el principio de la memoria, que la Francia ha cumplido lealmente los compromisos que se impuso por el tratado de Miramar. Añádese que ella no ha recibido sino muy incompletamente de México las compensa-

ciones equivalentes que le fueron ofrecidas. Es importante llamar la atención sobre este punto. El tratado de Miramar conferia el cargo de comandante en jefe del ejército mexicano, al que lo fuese del cuerpo expedicionario, invistiéndole así del poder, é imponiéndole por consecuencia, la obligacion de pacificar el país. La razon rehusa admitir que el Emperador Napoleon, que declara hoy aun, haber prestado su apoyo para la fundacion de un gobierno fuerte y regular en México; la razon y la equidad, repetimos, rehusan admitir que S. M. creyera que en México pudiera fortalecerse y marchar normalmente, es decir, cumplir sus compromisos, un gobierno, interin no se efectuara la completa pacificacion. En efecto, y esto no necesita demostrarse, sin paz no se pueden esperar presupuestos en equilibrio, ni aumento de recursos en la Hacienda. Los fondos de los dos empréstitos se han consumido en su mayor parte en la guerra civil, cuyas consecuencias deben imputarse al comandante en jefe del ejército franco-mexicano, que por su inaccion durante año y medio, ha concluido, forzoso es decirlo, por dejar á los disidentes que se apoderen de la mitad del país.

«Nadie ignora que en México las aduanas marítimas son el elemento mas productivo para el erario. Ahora bien, dichas aduanas están en ruina desde hace un año, á consecuencia de la interrupcion de las comunicaciones con los mercados del interior, cuyas comunicaciones han sido cortadas por los disidentes. En este momento las aduanas de Matamoros, Minatitlan, Tabasco, La Paz y Huatulco se hallan en poder de los enemigos del imperio; las de Tampico, Tuxpam, Guaymas, Mazatlan y Acapulco son improductivas, estando dichos puertos estrechamente bloqueados por los juaristas, y habiéndose visto en la necesidad de emigrar los comerciantes imposibilitados